

España interminable

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Het Spaanse van Spanje. Van Ibiza tot Santiago*

En cubierta: fotografía © rmanzanosgarcia / iStock

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Cees Nooteboom, 2026

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 979-13-88032-16-5

Depósito legal: M-3.517-2026

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Cees Nooteboom

ESPAÑA INTERMINABLE

Crónicas de un viajero

Traducción del neerlandés
de Isabel-Clara Lorda Vidal

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

Prefacio	9
Fantasia circense en Ibiza	11
Misa del gallo en Santa Eulalia del Río	19
Con Manolito a Formentera	25
Un batallón de gatos en el puerto	29
Una caminata por Ibiza	35
Travesía por los Pirineos	41
Un pueblo al borde del paraíso	45
Toros y lluvia en Pamplona	51
Sobre la pista de baile ya no crece la hierba	57
Recortar una localidad costera	61
Otoño en Galicia	65
Extranjero en Córdoba	69
¿Qué es España?	75
Historia de España	79
La División más azul	83
Una nueva España	87
La Bodega Bohemia	91
Vida nocturna	95
Couperus en Barcelona	99
Bonito, ¿verdad?	103
Tónica con hielo y champán	107
El alma española	111
Una vez más: España	115
España	119

Es que no como	123
Burgos	127
Valladolid	131
Simancas	135
Tordesillas	139
Alcañices-Quintanilha	143
Sevilla	147
Cádiz	151
La Línea	155
Gibraltar	157
Almería	161
Regreso a casa	165
A buenas horas, mangas verdes	167
Santander	171
Nada	175
Galicia	177
El Ferrol	181
La Coruña	185
Santiago	189
Cigüeñas	193
El Valle de los Caídos	197
Fiesta	201
Bofarull	205
Comer	209
Fiesta	217
Cicatrices en una piel de toro curtida	221
Peregrinación a los paradores	235
Andalucía	245
El continente infinito	255
En los jardines de Aranjuez	285
Regreso a Santiago	297

Prefacio

Resulta curioso releer cosas que escribiste en algún momento muy lejano de esta larga vida. España, cuya vida es mucho más larga de la que yo jamás podré abarcar, me ha fascinado desde principios de los años cincuenta del pasado siglo, ahora también ya tan distante en el tiempo, aunque solo fuera porque en aquellos días el país todavía pertenecía a otro mundo. Mis primeros verdaderos viajes los realicé por España, que era Europa y, a la vez, no lo era. Imperaba una dictadura que pertenecía a otra época. Mi primer artículo, que escribí entonces para la revista *Elsevier*, data del año 1957 y en él describo la vida en un pueblo de la isla de Ibiza, entonces aún poco conocida. Solo muchos años después escribiría un libro sobre Santiago de Compostela, un libro que acabó cobrando vida propia.

Llevo sesenta y cinco años visitando España y he sido testigo de su increíble transformación: de una dictadura a una democracia; de un país, a veces aún medieval y primitivo, donde uno tenía la impresión de haber ido a parar a un mundo ya para siempre desaparecido, a un país que hoy, en muchos aspectos, parece haberse adelantado a su siglo. Y, gracias al esplendor de la lengua española en la vasta y diversa Latinoamérica, ha encontrado un eco independiente en el resto del mundo, donde su influencia sigue vigente. Escritores como Vargas Llosa y Cortázar, y poetas como Neruda, son los herederos lejanos de Cervantes y de Lope de Vega. Y, sin unos pintores tan diferentes entre sí como Zurbarán o Picasso, la pintura europea sería considerablemente más pobre.

He viajado mucho, tanto por España como por la América hispanoparlante, y he pasado muchos años de mi vida allí. Una parte de los artículos que escribí para *Elsevier*, y más tarde para el diario *Volkskrant* y la revista *Avenue* durante mis primeros y posteriores viajes, salen ahora a la luz en este libro. Aún hoy regreso a España todos los años, ya sea para viajar por sus tierras o para observar, desde la isla mediterránea de Menorca, cómo el país se transforma y moderniza; cómo se integra cada vez más en Europa y sin embargo no demasiado, y cómo se mantiene fiel a sí mismo entre esos otros países y lenguas, mientras atrae a gente de todo el mundo, porque en esta tierra se conserva algo único que no existe en ningún otro lugar.

CEES NOOTEBOOM

Fantasía circense en Ibiza

¿Qué siente alguien que abandona Ámsterdam para pasar el invierno en la isla de Ibiza? Alegría, dicen sus amigos, pero eso es porque no lo conocen bien. Abandonar Ámsterdam durante tanto tiempo es un triste destierro. La noche anterior a su viaje, el hombre sumido en la tristeza aún pasa una vez más por delante del Café Américain, observa con envidia a las criaturas privilegiadas que salen del teatro y se toma una fría copa de despedida en un pequeño *pub* melancólico, fundado expresamente para tal propósito. Más tarde se entrega al flagelo del tren, traquetea por Europa y en Barcelona encuentra su bello barco blanco con destino a Ibiza, cuyo fastuoso interior *fin du siècle* apenas ofrece un consuelo a su nostalgia. Después de una noche ha llegado a su isla. Llueve. Buscando el calor en un sinfín de bebidas insólitas (Frígola, palo, Rumaniseta, licor de hierbas) reflexiona sobre la agitada vida de la metrópoli y sus atractivos, que tan deseables le parecen de repente.

Sin embargo, no quisiera continuar con esta antipática campaña contra una isla, que al fin y al cabo no tiene la culpa de estar en medio del mar —muy lejos— y de que allí todo sea tan barato. Porque, mientras el triste viajero se sumergía en la vida de los bares ibicencos con sus pesetas contantes y sonantes, el antídoto para sus penas ya estaba de camino surcando las grises olas otoñales del mar Mediterráneo. Miss Hossis, Mister Lecuson y los hermanos Cocoliche se acercaban con toda su *troupe* para traer un nuevo sol a sus vidas. Tal vez usted no los conozca. Se los presento: Mister Lecuson, ¡la destreza del funambulismo! Miss Hossi, ¡gran fantasía circense! Los hermanos Cocoliche, ¡los superpaya-

sos más pequeños y cómicos musicales de Europa! En otras palabras: el circo.

El circo es un espectáculo capaz de sacar a cualquier persona triste de su casa de lágrimas, pero un circo en Ibiza es lo máximo. Para empezar, no tiene lugar en una carpa, sino en una sala; en este caso, la del Teatro Pereyra, una de las salas de teatro más fascinantes que he visto en mi vida. Además de la platea y el patio de butacas, hay tres niveles de palcos que rodean la sala en forma de herradura, y todos esos palcos tienen una cerca de jardín como balaustrada, de modo que cada nivel parece un enorme jardín, donde florece y prolifera una flora sumamente curiosa: el público de Ibiza; pescadores, granjeros, pequeños comerciantes; si se me permite la expresión, un público de ensueño. El ambiente de la sala está cargado de humo; es extraño, ruidoso. El gallinero (también llamado el «paraíso») está abarrotado de gente —de pronto se me ocurre la asociación con la película *Les Enfants du Paradis*—. Tanto la sala como el público desprenden ese característico olor añejo que forma parte del verdadero teatro, que a veces emana de la antigua indumentaria teatral, de los programas de mano amarillentos de la época de Schimmel,¹ o de las melancólicas memorias de actores olvidados. Allí está, inconfundible, ese público ávido de sensaciones, participativo y apasionado, como el que uno se imagina —medio siglo atrás— detrás de los muros deteriorados y arrasados del Teatro Plantage de Ámsterdam, o tal como lo describe el actor Jan Lemaire Sr. en su delicioso libro sobre ese antiguo teatro neerlandés titulado *Afschminken, Dames en Heren* [Desmaquíllense, señoras y señores].

¹ Hendrik Jan Schimmel, poeta y dramaturgo neerlandés (1823-1906). (Salvo que se indique otra cosa, todas las notas a pie de página son de la traductora).

Un impetuoso toque de trompeta ahuyenta ahora todos los pensamientos difíciles. El maestro concertista ha entrado con sigilo y se ha instalado, rodeado de los suyos, en el foso de la orquesta detrás de un piano deteriorado, mortalmente herido, ya medio descompuesto. Todo comienza con la trompeta. Un señor gordo vestido de color marrón caramelo (el director) nos dirige unas palabras animadas, indicándonos el increíble privilegio de poder presenciar lo que vamos a ver, y le pide al distinguido público un aplauso para los artistas, que entran por el pasillo central vestidos de gala, empuñando enormes banderas de papel, y avanzan con el paso alegre y desenfadado de quienes se saben muy bien recibidos. Con lágrimas en los ojos presencié ese singular desfile, deslumbrado por el brillo de los trajes más disparatados y aturcido por la música de una marcha triunfal que bien podría haber sido compuesta para la entrada de Hitler en Andorra.

Una ninfa de tez rosada con un traje de baño de tul azul se adueña del micrófono, pero su voz se torna enseguida ininteligible, ahogada por los vítores de admiración de la parte masculina de la sala. Resulta que la mujer tiene un rol secundario en el primer acto, consistente en que dos malabaristas son incordiados por un tercero. Los malabaristas son dos jóvenes impecables vestidos de blanco, formados para trabajar como empleados bancarios, pero que, por un error de la dirección, han acabado en el Departamento de Malabarismo. Eso me permitió presenciar por primera vez en la vida algo que siempre había querido ver: un malabarista que, una y otra vez, deja caer al suelo sus mazas, bolas y otros objetos. Ahora bien, esos jóvenes de gesto serio estaban ya tan habituados a su vida de fracasos que no perdían el aplomo al recoger sus objetos. Yo hubiera preferido que uno de ellos se marchara llorando. Pero el tolerante público ibicenco comprendió a la perfección que eso de hacer malabares con tantas cosas simultáneamente es un lío, y los recompensó con un cálido y reconfortante aplauso.

A continuación, les tocó el turno a los Blansdolis Broters [sic], atracción internacional. Los *broters* resultaron ser dos *sisters* y un *broter*, los tres vestidos de satén verde, intensificado por el resplandor sobrenatural de grandes lentejuelas doradas. Las *sisters*, es preciso decirlo, demostraron un impresionante despliegue de fuerza física y habilidades de equilibrio. Una de ellas era gorda, corpulenta y fea. A la otra, la guapa y dulce, la aplaudí con entusiasmo, porque era capaz de mirar por debajo de su propio cuerpo, como la contorsionista del cuadro de Pyke Koch.² El papel del *broter* era, como suele ocurrir con los hombres en semejantes circunstancias, el de observar en segundo plano con toda su fuerza bruta y su tremenda musculatura. Cuando le tocaba actuar, la cosa se complicaba, porque no era más que un donnadie que no sabía hacer mucho más que yo. Y por eso lo abucheé durante un intervalo de silencio, cuando nadie más lo hacía. En cierto momento se puso de pie encima de la cara de la chica dulce —por lo que seguramente tuvo que pagar más tarde esa noche—; y después, encima del cabello de la chica gorda, lo que a esta pareció dolerle bastante. Y, al final, para mi malsano regocijo, se cayó dos veces desde lo alto, ante las miradas de odio de sus *sisters*.

A continuación, tomó la palabra la dulce y zalamera voz de un cortesano de la corte de uno de los corruptos papas renacentistas. Tembloroso por las emociones contenidas, anunció la entrada de miss Hossis. Y allí apareció ella, una señora algo entrada en carnes, con la dulce sonrisa de la madre de todas las emponzoñadoras, vestida con un atuendo sacado del álbum de hechiceras egipcias. El piano tocaba en solitario una tierna melodía, mientras la dulce voz nos ofrecía explicaciones: esta caja es completamente maciza,

² Pieter Frans Christiaan Koch, conocido como Pyke Koch (1901-1991), está considerado como uno de los más destacados representantes del realismo mágico en la pintura holandesa.

no contiene nada nada... , pero ¿qué sucede? De esa absoluta nada salió un pañuelo tras otro, y esto solo fue el menor de sus trucos de magia. Las cosas aparecían y desaparecían de esa manera misteriosa tan propia de Oriente Medio. Lo aceptamos con resignación y, conscientes de nuestra impotencia, entre aplausos de júbilo, nos fuimos durante el intermedio a un local que, por su mala reputación, se conoce aquí como «Dirty Domingo».

Durante nuestra ausencia, el señor Piccolo Ferroni tuvo la ocasión de ponerse una blanquísima chaqueta de esmoquin tropical y, encima de esta, un batín. Se paseó por el escenario con los andares despreocupados del *gentleman of leisure*, mientras su rostro transmitía claramente este mensaje: «Todavía no actúo; solo he venido a ajustar yo mismo la cuerda, como manda la tradición entre nosotros, los sagrados funambulistas». Al cabo de un minuto apareció de verdad en escena, en esmoquin y completamente borracho, farfullando sonidos ininteligibles y con una botella de coñac Fundador en la temblorosa mano. Su elegante mujer aún hizo el intento de mantenerlo alejado de la cuerda, pero ya se sabe: la cabra tira al monte, así que los siguientes minutos los pasó el señor Ferroni recorriendo la cuerda de un lado a otro. Nadie comprendió cómo no se cayó, lo que provocó un aplauso aún más caluroso.

Ahora bien, lo que convirtió aquella noche en una velada bendita fue el siguiente número, esto es, la actuación de los hermanos Cocoliche, que en la realidad eran el padre, payaso; el hijo, payaso (de doce años), y el otro hijo (de ocho años); y, por último, la madre, que, vestida con un camisón propio de una señora de los felices años noventa, se mantenía en un segundo plano para entregar cosas. Este número era sencillamente magistral. Se soltaron los mismos chistes malos que se estilan desde el nacimiento del primer payaso. El padre, con un exceso de dorados y ribetes; el hijo número 1, con un traje demasiado pequeño, la cara maquillada de

forma grotesca y la voz a punto de quebrarse; y el hijo número 2, un chico muy pequeño, que parecía Dik Trom,³ porque le habían metido un cojín dentro del pantalón. Entre los tres desarrollaron una serie de malentendidos patéticos, al estilo de: «¡Sangre! ¡Sangre! ¿Dónde? ¡En la carnicería!». Sin embargo, la manera en la que este payaso gordo dorado, con sus blancas charreteras de oropel y sus chocantes zapatos de estilo Luis XIV, intentaba beber vino con su primer hijo, mientras el terrible aguafiestas de su segundo hijo les impedía continuamente dar un sorbo (de modo que, cada vez que el joven les quitaba la copa, el espectador, con los ojos bañados en lágrimas, entraba en pánico como si asistiera a una clásica tragedia del destino), poseía el aroma y la esencia del verdadero teatro. Al final, padre e hijos tocaron (con violín, guitarra y armónica) un auténtico pasodoble y desaparecieron a continuación del escenario como solo los verdaderos actores saben hacer: dejando al espectador con un sentimiento de soledad.

Por eso, lo que vino después fue en realidad solo un anticlímax. El espectador debe poseer la sabiduría de entender cuándo está satisfecho y saciado. En ese momento debe ponerse en pie con dignidad y abandonar la sala lo más discretamente posible para seguir rememorando, en casa o en un bar cualquiera, las alegrías que depara el teatro.

¿Y el triste viajero? Él se sabe privilegiado, porque para él se ha levantado una vez más el telón polvoriento del *music-hall* desaparecido, de una *époque* perdida, de los nómadas itinerantes que viven al día: los comediantes. Se ha reconciliado con su isla y, en su terraza frente al mar, se queda sentado, algo soñador, en su mecedora azul celeste. Ha caído noche. La luna riela en el agua, y unos faros recrean en la lejanía su

³ Dik Trom es un niño travieso y regordete, popular personaje de una serie de libros para niños del escritor neerlandés Cornelis Johannes Kieviet.

pequeño juego de guiños. En el puerto, detrás de las colinas, suena tres veces el lamento largo y melancólico de la sirena del barco con destino a Alicante. Él apenas lo oye. Además, ¿qué se le ha perdido a él en Alicante?

14 de diciembre de 1957